

CARTAS:

DRUMMOND/MANOLO

*Affonso Romano de Sant'Anna**

Durante décadas, desde que conheceu Maria Julieta Drummond e com ela se casou, em 1949, Manuel Graña Echeverry manteve correspondência com Carlos Drummond de Andrade, seu sogro. Mais do que dois parentes referindo-se a episódios prosaicos, nesses textos temos dois intelectuais conversando sobre temas importantes para se entender a obra e o pensamento de ambos. São dezenas de cartas, que devem ser publicadas futuramente pela Editora Record. Conseguimos com Manolo (como é conhecido o nosso entrevistado), algumas dessas missivas. Nelas vamos perceber outras facetas do poeta de “sete faces”.

Membrete:

Manuel Graña Etcheverry.

Al Sr. Carlos Drummond de Andrade.
RIO DE JANEIRO.

Distinguido señor y querido amigo:

Lamento que el primer contacto directo con Ud. lo sea a través de una carta. La culpa, con todo, no es absolutamente mía, pues recordará que durante mi permanencia en Rio, en oportunidad en que Maria Julieta carecía de amiga que la acompañara para salir conmigo, le pedí que invitara a Ud. y a su señora esposa para comer juntos. Es posible que en ese entonces ni Ud. ni yo hubiéramos pensado en que llegaríamos tan rápidamente a ser repentinamente suegro y yerno. Pero ahora que con aprobación de Uds. este hecho se produce me pareció muy agradable hacerme conocer a Ud. siquiera de este modo.

Lo que debo decirle en primer término es, sin duda, mi agradecimiento por permitir a María Julieta casarse conmigo. Yo comprendo que esta perspectiva debe ser para Uds. en cierto sentido dolorosa, por cuanto traigo a su hija única a un país que no es el suyo, alejándola de su familia y de sus amigos, bien que siempre queda la perspectiva de nuestros viajes hacia Uds., o de Uds. hacia nosotros. Debo agradecerle también la fe que tienen en María Julieta al confiar en la elección que hizo sobre una persona para Uds. desconocida.

No sé si estoy hablando en un tono excesivamente formal: no quisiera hacerlo. Antes preferiría hablarle naturalmente, como hice con ella. Cuando la conocí comprendí que la quería o que llegaría a quererla. No pensé entonces en el matrimonio, porque nunca se me había ocurrido casarme. Después lo pensé, se lo dije a María, lo aprobó, me decidí, y no me casé ahí mismo porque ignoraba cuál sería mi situación económica en ese entonces. Al llegar a Buenos Aires me encontré con varias sorpresas agradables en ese sentido, y resolví que no era cuerdo esperar para casarme. Esto le prueba que, aunque esta vez haya acertado, tengo el defecto de ser impulsivo.

Quizá convenga que le hable un poco de mí. Mi familia es humilde. El padre era contador de una casa de comercio. Ganó mucho dinero, pero lo gastaba a medida que lo iba ganando. No pudo darme, ni a mí ni a mis seis hermanos, ningún patrimonio, pero me dio una carrera universitaria. Durante mis épocas de estudiante me mostré como soy: creo que jamás estudié a fondo las materias que me enseñaban, las que eran obligatorias en el colegio o en la universidad. Yo leía y estudiaba lo que me sabía mejor. Tenía vocación para la ingeniería pero desavenencias con un profesor de matemáticas me llevaron a cambiar de rumbo. Seguí Derecho por dos razones: porque era la carrera que podía dejarme más tiempo libre para mis lecturas, y porque estaba más próxima a las ciencias especulativas. Como alumno siempre fui contradictorio: a veces obtenía las calificaciones más altas y otras los reprobados más rotundos, porque muchas veces, cuando debía rendir una que me resultaba intolerable, me enfrascaba en el estudio del ajedrez, o de cualquier otra cosa maravillosamente inútil, con entusiasmo digno de mejor causa. Un año se me ocurría adelantar cursos; el mismo año perdía todo lo adelantado y mucho más. En fin, me recibí sin método y sin esfuerzo. Y resultó que como abogado no soy malo.

En la vida tuve suerte, materialmente hablando. Pasé las mías, pero al recibirme las cosas empezaron a cambiar. Me designaron profesor de gramática en el Colegio Nacional de Monserrat, donde yo había estudiado – el colegio más antiguo del país, con gruesos muros y altos pinos en el patio – y donde yo había ambicionado enseñar. Era el profesor más joven, e hice alterar completamente los planes de enseñanza. En ese entonces tenía yo un puesto en tribunales, de modo que con los dos sueldos podía vivir perfectamente. Pero renuncié a ese segundo, por temor a que el hábito de vivir con una suma fija limitara mi ambición, que es mucha. Luego dejé el profesorado y fui a ejercer mi profesión en Deán Funes, pueblo donde vive mi familia. Allí trabajé bien, pero desordenadamente. Como nunca había dispuesto de mucho dinero, lo que ganaba lo gastaba con una rapidez increíble. Luego intervine en política, me fue bien, y vine a Buenos Aires.

Cuando dejé la diputación me quedé sin nada más que amigos. Trabajé con ellos y me fue mejor. Y así estoy. No puedo prever el futuro, pero por ahora no hay nada en el panorama que me indique que debo bajar algún escalón. Antes por el contrario, creo que todavía puedo progresar. Tampoco limité mi ambición.

Soy ambicioso por el dinero porque con él compro mis juguetes: o los lentes largavistas, o pequeños microscopios, o libros. Y porque quiero alguna vez conocer el mundo, ahora con Maria Julieta, pero sin necesidad de tener que controlar mis gastos. El lema en esto – y claro está que el matrimonio deberá cortármelo un poco – es el famoso de “más vale un día de león que un siglo de ratón”.

Mi familia está compuesta por mis padres, ambos vivos, y mis hermanos. El mayor está casado y tiene una hija (Bikini*) Su matrimonio batió mi record: un miércoles se puso de novio y se casó el viernes de la misma semana. Es feliz. Le sigo yo, y después de mi otro hermano, de nombre Luis (el mayor, Didio José) que trabaja en una repartición pública. Luego tres hermanas, la menor de ellas casada y las otras dos estudiantes (por edades: Elvira Dolores, Laura Etelvina y María Elena), y finalmente Jorge, un bandido simpatiquísimo y muy despierto. Maria Julieta los conocerá a todos en octubre, y Uds. espero que muy pronto.

Y eso es todo. Quiero a Maria Julieta y estoy seguro de que queirré a Uds. Acerca de cómo viviremos y dónde, ella le habrá contado ya todo cuanto se puede contar. Hoy le escribo con otras noticias acerca de esto. Como Ud. comprenderá, estas primicias son para ella.

Creo que podré ser muy amigo suyo y un buen marido para Maria Julieta. Soy alegre a veces y huraño otras, pero con ella me he sentido muy en paz conmigo mismo. Sobre esto debe hablar el futuro: nosotros no podemos hacer más que ayudarlo, y buena voluntad tenemos.

Gusto mucho de sus versos, aunque sólo puedo percibir en ellos la belleza del sentido y no la de la forma idiomática. Pero eso también lo aprenderé con mi esposa.

Dê Ud. mis respetos a la suya. Dígale que deberé hacer viajes frecuentes a Brasil, que su hija no está perdida para siempre sino sólo por temporadas.

Un abrazo afectuoso y hasta dentro de pocos días.

M. Graña (**)

Bs. As., setiembre 24 de 1949.

(*)Maria Cecilia Graña, hoy casada con Huo Mónico. Es Profesora de Literatura en la Universidad de Verona (Italia). (**) La firma es un garabato que pretende decir “Gra”.

Rio, 3 outubro 1949.

A Manuel Grafia Etcheverry.

Meu amigo – não estranhe que o chame assim, dado o vínculo afetivo que se estabeleceu entre nós, sem sequer nos conhecermos –, aqui tenho sua carta de 24 de setembro, que minha mulher e eu lemos com o mais justificado interesse. Embora não disse nada de substancialmente novo sobre o acontecimento que a determinou e que já conhecíamos através de Maria Julieta, teve para nós o mérito de um cordial primeiro contato, feito de uma maneira tão pouco convencional, tão espontâneo, que nos causou uma grata impressão.

Vejo que avaliou bem o sentido de nossa atitude, ao aprovarmos logo a escolha de

Maria Julieta, que implicava na perspectiva de uma separação bastante dura a um casal que já não é rigorosamente jovem e não tem outros filhos com que se distrair. Realmente, abrimos mão da convivência com Maria Julieta e não temos nada para substituí-la, pois somos bastante misantropos. Mas nem eu nem minha mulher desejaríamos retê-la junto a nós em tal circunstância, movidos por um amor que seria afinal puro egoísmo de nossa parte.

O que nos diz a seu respeito aumenta as minhas esperanças de que êste casamento constitua um belo e duradouro entendimento entre duas pessoas preparadas para isto. Maria Julieta é quase uma criança, mas, como terá visto, bastante amadurecida intelectualmente. Alguma das concepções que ela tem sôbre o mundo e as coisas serão fruto desse avanço da experiência intelectual sobre a experiência propriamente humana. Caberá a seu marido ajustar no mesmo plano sensibilidade e razão. Ela não somente o ama como o admira tanto, que não tenho dúvida sobre a boa influência que poderá exercer sobre o destino de minha filha. Oriente-a e guie-a sempre no sentido mais elevado, de modo a que ela se realize plenamente e seja uma boa companheira sua para tudo – no bom como no mau tempo – e nós lhe seremos infinitamente reconhecidos por isso.

Desde já, o que lhe posso dizer é que nos sentimos ligados a V. pelo bem que quer a Maria Julieta e pela confiança que igualmente depositou nela.

Aqui o esperamos dentro de alguns dias e ficamos confiados no seu propósito de nos podermos ver a todos, no futuro, com a desejada freqüência.

Cordial abraço de

Carlos Drummond de Andrade.

Rio, 23 fevereiro 1950.

Caro Manolo:

Confesso-lhe que até ser informado da elaboração de seu poema sobre a entropia, eu não tinha o menor conhecimento dessa personalidade. Minha ignorância em matéria científica é tão perfeita que talvez pudéssemos representá-la cientificamente pelo zero, se este já não fosse o símbolo de uma hipotética e improvável ordem natural, como V. adverte. Assim, a imagem que melhor convém para sugerir a profusão e a confusão dessa ignorância é mesmo a daquele “caos levado ao máximo possível”, de que entretanto a natureza soube extrair a vida organizada, como V. extraiu um admirável poema, ao passo que eu não extraio mais que estes vagos e despreziosos comentários à margem de seus versos.

Sempre tive a maior prevenção contra a chamada poesia científica, menos por qualquer formulação teórica em que se apoiasse, do que pelo uso realmente desastroso que se tem feito dela. Na verdade, a ciência é rica de sugestões poéticas, constituindo, com a poesia, uma das visões especiais que o homem logrou estabelecer, em face do mundo e de si mesmo. A interpretação desses dois modos de ver é flagrante, muito embora poetas e cientistas se obstinem em ignorar-se ou em desprezar-se mutuamente.

Como lembrei de passagem a Maria Julieta, há entre ciência e poesia uma relação natural, se não quisermos falar de uma síntese das duas, que é a filosofia. Não há ciência que não acabe em filosofia, nem poesia que não vá ter a ela. Portanto, só posso explicar o mal-estar que geralmente me vem diante de um “poema científico” à má qualidade desse poema, ou antes, à incapacidade de seu autor, de exprimir em termos poéticos o traço fulgurante que uma hipótese científica deixa no ar, a emoção profunda que ele suscita, pelas suas repercussões no problema do destino do homem, no problema de uma origem e natureza, e em tantos outros.

Ora, sucede que não experimentei essa reação desagradável diante de sua “Entropia”. Pelo contrário, impregnei-me logo nos primeiros versos, de uma impressão de vertigem cósmica, sugerida imediatamente pelo ritmo curto que V. escolheu, e que era mesmo o adequado para criar na imaginação uma espécie de balanceio deslizante com que pudéssemos recuar pelos tempos afora. (Um só verso me pareceu fugir a esse esquema e portanto a esse efeito: “punto invisible, centro de la esfera sin contornos”; por que não o divide em dois, ficando o segundo apenas “sin contornos”?) O poema saiu extraordinariamente expressivo, e ganhando uma velocidade crescente, no mesmo tempo que uma crescente fluidez, “transporta” o leitor até aquela solidão e nada absolutos, onde apenas funciona inexoravelmente uma lei, lei anterior a tudo, e que não sendo deus também não era criadora. É de uma grande e desolada beleza.

Não me ocorre fazer nenhuma objeção ao poema como obra de arte. Está realizado. É possível que em, “La ciencia nueva” a dramaticidade maior do tema, e sua maior complexidade, determinem resultados mais evidentes. Mas um não desmerece o outro, e a unidade de concepção, a capacidade de eliminar o cientificismo em proveito da visão poética da ciência, o sentido ao mesmo tempo trágico e imparcial do drama do universo neles revelado, colocam ambos no mesmo plano.

Achei curiosíssimo que em todos dois o problema metafísico se coloque com a mesma inelutabilidade, quase que a contragosto do autor. Em “Ciência nueva”, Deus existe apenas, e possivelmente à margem do destino do mundo. Impotente para remediá-lo, reduzido a energia potencial. Já em “Entropia”, nem isso, não existe na origem do cosmos, e nem sempre sequer é preciso substituí-lo por um princípio criador qualquer, as coisas criam-se por si mesmas. Contudo, meu caro Manolo, deixe-me dizer-lhe (e o faço com absoluta isenção, pois não sou tampouco um teísta convencido), o que há nos seus dois poemas, sob a negativa ou o esvaziamento ontológico de deus ainda é, sem tirar nem pôr... deus. A ilusão não será individualmente sua, mas de qualquer concepção científica ou filosófica que se disponha a encontrar substitutivos ou corretivos para a idéia de deus, e que termina se limitando a apresentar a mesma idéia sob outros pseudônimos, a conclusão a tirar é que esta é uma idéia definitivamente ganha para a humanidade; pouco importa o conteúdo psicológico, emocional ou histórico que lhe atribuamos: ela funciona. Na verdade, podemos assimilá-la a toda concepção da origem do mundo, porque ela é precisamente isso, a própria idéia de origem. Se encontramos no princípio uma ordem do nada, ou um nada absoluto, isso não elimina a possibilidade (como criação puramente mental, como abstração) de deus, porque ele ao mesmo tempo pode ser assimilado a esse nada absoluto e fornecer a substância com que preenché-lo. A primeira das definições de deus que encontro no dicionário filosófico de Laland é: “um princípio de explicação”. A esse título, a sua entropia, que não pretende assumir natureza divina, mas é não obstante uma lei, a lei anterior a tudo, não será também mais um disfarce de deus?

Gostaria de conhecer mais a fundo as teorias físicas para poder avaliar em toda a sua extensão o papel que V. atribui à entropia na origem dos tempos. Assim, parece que as transformações termodinâmicas em que se assinala a entropia se distinguem pelo caráter de reversibilidade. Isto é: as transformações elementares por que passa o corpo, e durante as quais ele conserva uma temperatura absoluta e constante, poderão ser repetidas em sentido contrário: a variação da entropia só depende do estado inicial e do estado final do corpo, e não da maneira como se efetuam as diferentes transformações intermediárias. Pergunto: na concepção que V. desenvolveu em seu poema, essa conversão da ordem do nada ou essa corrupção, como V. diz, realizada pela entropia, poderiam fatalmente ser anuladas para voltarmos à ordem inicial, “como se nada tivesse acontecido?”. Essa condição de reversibilidade, constante nos fenômenos entrópicos segundo suponho, concilia-se com a de probabilismo expressa através do “concerto estadístico”?

Outra observação se me ocorre, pedindo esclarecimento: encontro nos verbetes sobre o assunto a entropia classificada como função, naturalmente na acepção que este vocábulo pode ter para os estudos físicos, e não em sentido comum. À falta de definição precisa para o termo (que não encontrei satisfatória em nenhum dicionário), pergunto se pode ela ser considerada rigorosamente como uma “lei”. Nada disso por certo apresenta relação com o mérito do poema, que, repito, me agradou plenamente, e me deixou muito preocupado com o mistério geral de tudo.

Agradeço vivamente a V. a gentileza de me haver comunicado o seu trabalho, e ainda a de manifestar interesse pela minha opinião – gentileza pela qual V. acaba de ser castigado com uma carta de dimensões tão alarmantes como esta.

Já que estou com a mão na massa, indico-lhe a leitura do estudo que Pierre Auger vem publicando em “Les Temps Modernes”, sob o título de “L’homme microscopique”. No número de janeiro saiu a segunda parte: “La création évolutive”. Talvez interesse a V.

Infelizmente não me recordo de haver mantido contacto epistolar com o seu amigo Arturo Cambours Ocampo, e não encontro carta dele entre os meus papéis. E contudo, eu suponha ter um arquivo em ordem!

Aqui estamos, como todos os dias, com uma saudade grande e afetuosa de vocês, e desejando que abril não tarde muito, para de novo os abraçar e conversarmos longamente. Até lá, muitas lembranças e pensamentos amigos, meus e de Dolores. Amanhã escreverei a Maria Julieta, de quem acabamos de receber carta.

Abraço do Carlos.

Rio, 10 março 1950

Meu caro Manolo:

Deus esteja em sua casa (se existir).

Não me arrependo de ter escrito a V. aquela copiosa epístola sobre o seu belo poema. Não só porque este fazia jus a comentário extenso, valendo como convite a divagação em torno de extensos temas, como ainda porque de meu gosto resulta sua

segunda carta, verdadeiramente admirável, e me foi grato tomar conhecimento da excelente exposição e crítica do problema de Deus, que nela V. apresenta.

Já agora, não seria lícito ao mais sutil dos sofistas afirmar a presença, em sua poesia, de uma preocupação de ordem metafísica, relacionada com a idéia de um ente sobrenatural ou com a da origem transcendental das coisas. Esta preocupação é manifesta e declaradamente alheia ao quadro habitual de suas cogitações e curiosidades intelectuais, e seria pelo menos de mau gosto persuadi-lo de que V. pensava em Deus, quando, precisamente, estava pensando em outra coisa.

De resto, eu não aventuraria a tal afirmativa, tão evidente era a atitude racionalista implícita nos poemas. Observara apenas que o problema metafísico se colocava inevitavelmente nos versos, ainda que à revelia do autor. Seria uma espécie de sugestão invencível ao leitor, emanada dos próprios termos escolhidos, e como que inerente a estes. É possível que a sugestão estivesse antes no leitor eventual dos poemas. Em todo caso, sempre me pareceu divisá-la no âmago das concepções científicas ou filosóficas modernas, que se diria tentarem preencher com fórmulas matemáticas, hipóteses, abstrações variadas, com o acaso e até com o absurdo, o vácuo produzido pela eliminação da idéia de um ente criador e administrador do universo, causa das causas. A física dá-me a impressão de ser uma metafísica que se ignora, ou que se nega como tal, sem que a sua negação possa perder essa natureza. Talvez porque eu considero o homem um animal metafísico, isto é, com tendência para transcender-se e criar mitos, ou que outros nomes tenham, superiores à sua capacidade de percepção ou apreensão. Através de uma análise rigorosa e conseqüente, V. demonstrou que essa tendência é extraordinária, não por sua sublimidade, mas precisamente não se justifica, e não havendo o que explicar, as explicações de ordem divina, tão antigas e insistentes, são de um absurdo particularmente maravilhoso. É possível, embora eu me inclino a ver antes uma necessidade fundamental que teria o homem, bicho complicado e provido de sentimento de angústia, de superar-se, fugindo pela imaginação aos limites de sua prisão física. E essa necessidade é, a meu ver, razão suficiente para justificar socialmente os mitos e concepções idealistas. Pessoalmente, minha posição em face do problema é cheia de dúvidas e reticências, e não me julgo na iminência de removê-las nem por uma solução racionalista nem por uma solução de fé. De sorte que, se por acaso me visse na corte de Catarina da Rússia, correria o risco de ser enganado tanto por Euler como por Diderot.

Nossa conversa em torno de seus poemas foi tão agradável que espero que V. não deixará de enviar-me outros que venha a escrever. Sua particular sensibilidade aos ângulos poéticos da nova cosmologia está diante de um veio riquíssimo.

Continuamos aqui muito saudosos de vocês dois, e desejando a alegria de um próximo encontro. Dolores, a meu lado, manda-lhe um abraço. Carinhos também a Maria Julieta, e recomendações ao seu ilustre gatinho. Com a maior amizade,

Carlos.

Rio, 20 abril 1950.

Meu querido Manolo:

Dividido entre o desejo intenso de matar saudades de vocês e o horror das viagens, achei que a melhor solução seria pedir a Dolores que fosse em meu lugar a Buenos Aires, até que me resolva esse conflito interior tomando passagem num avião. Ela vai abraçá-los, vê-los, conversá-los, e o fará por mim também. A Maria Julieta peço que não desespere de um pai relapso, e a você que releve os hiatos postais de um correspondente muito irregular, mas nem por isso menos afetuoso. Sua tradução de “A máquina do mundo” encheu-me as medidas e me fez experimentar aquela sensação gratíssima de ver um trabalho meu valorizado pela transposição em outro idioma e transposição realizada com o máximo de escrúpulo, precisão e finura verbal. Fiquei cismando no mistério das traduções, que de ordinário só me era sensível pelo lado oposto, isto é, através das minhas experiências de trazer para o português alguns poemas em língua francesa. Esses resultados nunca me deixaram plenamente satisfeito, porque me parecia que eu não fizera outra coisa senão tornar mais próximo de mim, e em conseqüência menos prestigioso, um mistério que à distância, ou seja, no interior de uma língua não cotidiana, resplandecia em toda sua intensidade. Agora com seu trabalho “sobre” o meu poema, o que senti foi um pouco a criação e o afastamento desse mistério, pois os versos eram meus familiares, quase não me produziam mais sensação alguma, e eis que a passagem para o castelhano lhe deu aquele halo e aquela distância que jamais poderia eu esperar para qualquer coisa de minha autoria. Devo-lhe, pois, um momento muito raro de surpresa e encantamento, querido Manolo. E para que V. não subestime o efeito causado por sua primeira tradução (“Bem, ele fala assim só porque os versos passaram a uma língua estrangeira, que não domina inteiramente”), dir-lhe-ei que não experimentara tal sensação diante de algumas versões anteriores, para o francês e inglês (esta última, de todas as línguas a mais encantatória para mim), em que me senti positivamente traído em certas particularidades de intensão ou de expressão. Foram experiências muito limitadas, mas que me deixaram frio, ao passo que a sua, desculpe a confissão simplória e eufórica, chegou a me fazer achar bem bonzinho a tal máquina do mundo – pelo menos em espanhol, e tratada por um conhecedor, como V., da estrutura, densidade e sutileza das palavras.

Haveria muito a dizer em torno das questões debatidas em sua última carta, sobretudo em face daqueles teólogos perdidos “en la noche de estrellas medievales”. Mas, não sou mais que um possível poeta refugiado em sua visão mágica do mundo – já que o homem, este, confinado entre o ceticismo e o pessimismo, pouco se vale da magia. Admito, com V., que a concepção puramente materialista do universo pode conduzir-nos à posse de algumas verdades absolutas – sobre aspetos limitados da realidade, entretanto. E pelo menos enquanto não se chegue a uma verdade absoluta sobre uma verdade absoluta e total (coisa que me enche de fundo temor), confesso-lhe que encontro na mitologia do espírito um singular alimento para a parte irracional de meu ser. Façamos votos porque a ciência não explique tudo, mesmo porque as hipóteses que formula são muitas vezes de uma alta categoria poética, ao passo que as conclusões nem sempre o são, e num mundo inteiramente explicado e classificado eu me pergunto o que é que restaria por fazer, senão esquecer tudo, para recriar os deuses e os mistérios desmoralizados.

Não deixe de escrever-me quando estiver disposto ou tiver um poema novo, como “O = O”. Na minha vez, envaidecido com a qualidade do meu tradutor oficial em espanhol, não deixarei de remeter-lhe as minhas coisas – embora, pensando bem, não saiba se isto será de minha parte um gesto de consideração fraterna ou um castigo impiedoso imposto a quem não fez por merecê-lo. Peço a V. que aceite a primeira hipótese.

E um grande abraço e as muito afetuosas saudades de Carlos.

Querida Dolores,
Querido Carlos:

Luego de un breve debate con Maria Julieta, resolvimos que tal debía ser el modo de dirigirme a Uds., y así lo hago con mucho placer y sinceridad. Y como ésta debe imperar en primer término en nuestras relaciones, vaya una primera excusa: no soy muy afecto al género epistolar, al extremo de que jamás escribo a los míos. Maria Julieta fue, como saben, una excepción. Uds. son otra, y aunque no con la frecuencia que yo mismo desearía, pero de que me sé incapaz, de vez en vez irá esta tinta color esperanza para darles noticias de su hija, ya que las versiones que ella envíe serán quizá más gratas a Uds. si llevan el complemento de un tercero.

Un poco de historia sucinta: casi inmediatamente de llegar de Rio, Maria Julieta fue conociendo a mis amigos, y a todos dejó encantados. Ella sostiene que contra su modo habitual de ser tuvo fuertes impulsos de sociabilidad. Sea éste su natural o no lo sea, el caso es que anduvo “derramando simpatía” y “sembrando afectos”. Lo mismo ocurrió en Córdoba, donde conoció más amistades y también mi familia: ésta fue la más gratamente sorprendida. Mi cuñada Margarita, esposa de José, mi hermano mayor, que había, como todos, desconfiado de mis aptitudes para realizar un matrimonio “sensato”, fue la primera en conocerla, y se apresuró a telefonar a casa, hacia donde íbamos, colmando de ponderaciones los hilos de la compañía telefónica. Ocurría conmigo lo que posiblemente suceda en todas las familias: el excesivo e irracional afecto hacia el hijo les hacía difícil concebir que pudiera encontrar una esposa tan buena como él. No sé si ya se habrán dado cuenta que entre Maria Julieta y yo, la mejor calidad está en ella. Si aún no llegaron a esta comprobación, cuando menos están en la etapa de juzgarnos iguales.

Yo he tenido, si nó la intención de casarme, que descubrí bruscamente, cuando menos mis ideas propias sobre el matrimonio, pese a lo de “nirhil sub sole novo” (1), y, en general, mis ideas eran de corte refractario. Se me hacía dudosa, por ejemplo, la posibilidad de convivir con alguien, particularmente en una cantidad de pequeñas cuestiones, necesidades, hábitos, etc. Pero la experiencia dio en tierra con todos esos temores. Desde un principio se estableció entre Maria Julieta y yo un gran compañerismo. No comenzamos la vida conyugal con un viaje de bodas, sino trabajando. Muchas veces tenía yo que salir, y ella quedaba en el hotel, leyendo y esperándome. Discutió conmigo mis problemas profesionales, interesándose por ellos. En fin, muchas actitudes gratas, que no caben en una enumeración, pero que han ido uniéndonos cada vez más.

Ahora estamos de regreso en Buenos Aires, instalados en nuestro departamento, haciendo planes para completar su arreglo. Nos falta el escritorio y la biblioteca, las cor-

tinias y los tapetes, y no sé cuántas pequeñas cosas más. Pero nos sobra, como yo había sospechado, buena voluntad para superar inconvenientes, ninguno de los cuales, hasta ahora, es de verdadera importancia.

Hoy ha sido un día un poco fresco, y la pobre ha creído encontrarse en pleno polo, o poco más o menos. Pero el invierno se pasa aquí con ropa abrigada, estufas y ponches de ron.

Canta mucho. Ya me hizo escuchar canciones muy entretenidas, como la del abecedario. Antes me había notificado que su carácter era taciturno, pero la verdad es que no lo noté hasta hoy.

Créanme que les estoy muy agradecido por habérmela confiado. Trataré de que siga siendo feliz.

Y crean también en mi satisfacción por tener unos suegros tan cariñosos como Uds. Poco nos hemos conocido aún, pero siento hacia Uds. un gran cariño. Pronto volveremos a vemos.

No más por hoy, sino un gran abrazo para mis queridos Dolores y Carlos.

Manolo.

8, pela manhã.

o telegrama de vocês foi a primeira coisa que chegou hoje, quando ainda estávamos dormindo. Merci. Manolo levou susto, porque se havia esquecido que fazia anos, e além de tudo, de manhã, leva umas duas horas, pelo menos, desde o momento em que acorda, para ahí começar a entender a vida e coordenar algumas idéias.

Veio também uma carta de Regina, muito amiga, que me fez um grande bem matinal.

Carmen por que não escreve?

Agora vou tratar a vida (doméstica). Monsieur Soulas (2) pediu licença para oferecer-nos “pollos frios”, e todo dia aparece na geladeira um frango e um pudim. Em matéria de maluco, de qualquer forma, é dos mais cómodos.

Até a próxima vez. Muito obrigada, queridos. A todos meus carinhos.

M.

O livreiro Vehil (3) mandou-nos um quadro de presente de casamento: é um gato, de linhas muito sóbrias, de um desenhista japonês. Muito bonito. Assim, mais ou menos:

Manolo diz que não está muito parecido. Mas acho igualzinho.

Como se fosse um círculo em blanco e preto.

Normalmente las cartas eran escritas a máquina. Ésta, en cambio, es manuscrita.

(1) Error mío. El texto correcto es “Nihil novi sub Solo”

(2) M. Soulas era un cliente, que nos enviaba todos los días un pollo asado y un postre.

(3) Luis Vehil, librero amigo, mío.